

Francisco José García Lozano

Facultad de Teología. Granada
E-mail: franciscojgl@hotmail.com

Asumir la propia muerte o la de un ser querido es una de las experiencias más difíciles que nos toca vivir como seres humanos. Es algo que tarde o temprano todos tendremos que enfrentar en algún momento. Y como en casi todas las circunstancias de la vida, el cine nunca deja de ser un reflejo de nuestras vivencias. La delicada y verosímil propuesta de Billie August, *Corazón silencioso*, la incisivamente simpática triunfadora en el último Sundance, *Yo, él y Raquel*, o la emotiva y tierna propuesta de Cesc Gay, *Truman*, son una buena muestra de ello.

1. *Corazón silencioso*, de Billie August

Corazón silencioso es la última película de Bille August, cineasta danés que dentro de su versatilidad siempre ha otorgado una especial atención al prisma de las relaciones humanas en el sentido dramático, como ya vimos en su reciente *Tren de noche a Lisboa*, sin olvidarnos por supuesto de la que

ha supuesto su cima como cineasta: *Las mejores intenciones* (1991), con la que ganó la Palma de Oro en Cannes.

Corazón silencioso parece recuperar ese tono crepuscular e íntimo de su cine de hace tres décadas. Con producción enteramente danesa, August rueda en su país natal lo que parece un paréntesis en su carrera de cine comercial para narrar una historia absolutamente cercana, simple y cargada de drama: tres generaciones de una familia se reúnen un fin de semana en la casa familiar para pasar un par de días en compañía de la madre, que ha decidido quitarse la vida voluntariamente ante el acuciante deterioro de una enfermedad irreversible.

En esta ocasión, parte de un tema muy similar al de anteriores trabajos: la muerte, entendida en un ámbito personal como la aceptación del destino propio que cada ser humano debe realizar y, desde una perspectiva social, acerca de que asimismo tenemos que

aceptar el destino de nuestros allegados. El realizador juega magníficamente con los tiempos en las miradas y las conversaciones, trazando solamente con sus gestos y actitud las relaciones que existen entre los personajes aunque aún no haya mediado una conversación trascendente entre ellos.

Pero, sin duda, lo más notable de *Corazón silencioso* es su posición neutral frente al tema que trata. En contraposición a películas como *Mar adentro* (Alejandro Amenábar, 2004) en la que el cineasta se posicionaba claramente a favor de este asunto con ribetes morales y legales, August y el guionista Christian Thorpe se alejan sabiamente de tomar una posición al respecto para que sean los personajes quienes, con su argumentación dependiendo de su edad, emociones, situación familiar y social, expongan los diversos puntos de vista ante la peliaguda decisión que ha tomado su madre.

2. *Yo, él y Raquel*, de Alfonso Gómez-Rejon

El filme, con delicado equilibrio entre el drama y la comedia, nos cuenta la historia de Greg un adolescente en la última etapa del instituto previa a la universidad que lo único que quiere es pasar desapercibido por lo que inten-

ta evitar las relaciones sociales a toda costa, logrando llevarse superficialmente bien con todo el mundo. Greg pasa su tiempo haciendo versiones extravagantes de películas clásicas con Earl quien es, aunque le cuesta admitirlo, su único amigo. Sucederá entonces que la madre de Greg le obligará a que visite a Rachel, una compañera de clase a la que le han diagnosticado leucemia, y lo que al principio es una relación a regañadientes irá profundizando en amistad sincera y quizás algo más, de tal forma que cuando la enfermedad de Rachel se complica todo el mundo que Greg se había construido se tambalea y nada vuelve a ser como antes.

Con esta premisa Alfonso Gomez-Rejon dirige *Yo, él y Raquel* adaptando una novela de Jesse Andrews, una nueva aproximación al cine sobre las complejidades de ser un adolescente. Gómez-Rejón dirige la película con mucha frescura y personalidad. Sin embargo, pueden apreciarse ciertas referencias (su extravagancia a veces recuerda a la fría puesta en escena de las películas de Wes Anderson y otras a films *indies* y escolares como *Juno*).

Yo, él y Raquel es una notable aportación al cine sobre este subgénero sobre adolescentes/enfermedad, bien coordinado todo por Alfonso

Gómez-Rejón para hacernos llorar en las escenas dramáticas y hacernos reír en los momentos cómicos. Es una película conmovedora sin melodramas exagerados, y muy atractiva en su conjunto sin entrar en terrenos artificiales. A pesar de las referencias cinematográficas, es una película completamente accesible a todo tipo de público dada su emotiva historia, unos personajes carismáticos y el logro de capturar las contradicciones personales, miedos e inseguridades de la adolescencia y su primer contacto con la enfermedad y la muerte, que muchas películas parecidas intentan capturar, pero que finalmente pocas consiguen.

3. *Truman*, de Cesc Gay

Con *Una pistola en cada mano* (2012), el realizador catalán Cesc Gay comenzaba una nueva etapa en su filmografía: un cine de corte más comercial, volviendo a rodar únicamente en castellano *Ficción* (2006) y *V.O.S* (2009) mezclaban castellano y catalán indistintamente, pero manteniendo las historias íntimas, cercanas, de personajes y todo, con su estilo tan particular y emotivo. En su nueva película, *Truman*, Cesc Gay mantiene la fórmula para demostrar que el buen cine de calidad no va reñido

con un cine que puede gustar a un público más amplio.

Basándose en una historia personal, Gay nos habla de la despedida de dos amigos. Tomás (Javier Cámara) vive en Canadá desde hace muchos años y ha formado una familia ahí, y viajará a Madrid para visitar durante cuatro días a su mejor amigo, Julián (Ricardo Darín), un actor argentino enfermo de cáncer, que ha decidido dejar de luchar y organizar su muerte. Su principal preocupación es buscarle un hogar a su perro, una tarea nada fácil ya que no es un animal joven que goce de un excelente estado.

Es un film que aborda de una manera sutil y acertada la complejidad que implica afrontar una enfermedad tan agotadora como es el cáncer, pero sin una solemnidad capaz de caer en golpes bajos, tan propios de la temática, manteniendo siempre la despedida como eje narrativo. Y parte de esto se debe en gran medida a la química que reflejan en pantalla Darín y Cámara como dos entrañables amigos frente y detrás de escena. Ambos ofrecen uno de los mejores dúos interpretativos en lo que va de año (merecidísima Concha de Plata compartida al mejor actor en el pasado Festival de San Sebastián).

Cine minimalista, que explota al máximo tiempos, miradas y pausas, sin trampas ni segundas lecturas. No hacen falta grandes discursos, reiteradas palabras, sino unos grandes actores y un director que deja a las emociones que fluyan en la escena. La cinta

consigue el milagro de que nada aparezca de manera abrupta o forzada, y eso resulta muy complicado cuando se intenta forjar una historia acerca de la naturaleza humana ante la muerte y de cómo nos enfrentamos a las últimas despedidas. ■